

ALBERTO MASFERRER

LA MISION DE
AMERICA

OBRAS COMPLETAS

TOMO II



SAN SALVADOR

1945

TIPOGRAFIA LA UNION - DUTRIZ HIJOS.

ra. Terrible a ratos, como Júpiter o Isaías; era también manso a veces, con mansedumbre nazarena, y quejumbroso otras, como Jeremías. Era así, vario, multiforme, inestable como las mismas aguas del mar.

* *

Este folleto se ha formado con artículos que don Alberto publicaba allá de tarde en tarde, cuando sentía la urgencia de decir algo o de desahogar su corazón. Yo puedo decir que casi he visto nacer e integrarse este folleto, porque por una rara coincidencia me tocó trabajar como repórter, corrector de pruebas o Redactor, en los diarios en donde los artículos fueron apareciendo, con largos intervalos, a veces de muchos años.

Salieron sin orden ni concierto. Algunas veces llevaban el título genérico del folleto. Otras veces aparecían con los títulos individuales como aparecen en el cuerpo del folleto. Los primeros, titulados "Raza o cultura", fueron escritos a modo de crítica para un 12 de octubre, en que acá se celebraba con mucha pompa el "Día de la Raza". Los otros fueron saliendo, años más tarde, como respuesta a urgencias mentales inmediatas. Sin embargo, quien lea el folleto pensaría que fué escrito de una sola vez, atendiendo a un solo instante de inspiración. No. Es que en don Alberto había ideas matrices, alrededor de las cuales vagaba con insistencia de mariposa. Por eso es que muchos de los que sólo conocen superficialmente su obra, le encuentran contradictorio. Y nada hay más alejado de lo cierto.

Era don Alberto hombre de ideas fundamentales, de las cuales se alejaba muchas veces, pero a las cuales volvía irremisiblemente. Volvía para rectificar o para ratificar; para cambiar la forma de tal idea o para robustecer tal pensamiento.

"LA MISION DE AMERICA" nació así. Habrá, tal vez, muchos artículos, que tienen atinencia con el tema genérico, que se habrán escapado. La hermanita del maestro que coleccionó estos recortes para darlos a la stampa, ha tenido que luchar para recopilarlos, y es ella quien ha preparado el material con que ahora sale el folleto. Van aquí artículos de hace 22 años; el último fué publicado en Guatemala, en octubre de 1931, pocos meses antes de su muerte. Esto indica la persistencia del escritor, en machacar sobre este tema, que él consideraba primordial para la liberación de nuestro Continente. Ya no piensa sólo en su pueblo, porque a medida que crece en conocimientos, también se ensanchan los anhelos y la visión. Con qué certeza ataca el problema racial indolatinó!

"Si revisáramos —dice—, nación por nación, los elementos étnicos de nuestro Continente, en la vasta porción indolatinó, veríamos cómo esa raza que se supone UNA, CONCRETA Y PREDOMINANTE, no es, en verdad sino una abstracción, una realidad que vendrá, pero que todavía no alcanza a concretarse, y que, por consiguiente, no puede servir de punto de mira o de base, cuando se trata de estudiar y de resolver problemas tangibles y apremiantes".

A lo largo de su estudio, habla de un "instinto" o de una "intuición" democrática, propia del pueblo americano, y para "talecer

su aserto nos recuerda cómo, habiendo nacido estas naciones de una monarquía, habiéndose desarrollado como colonias dentro de un ambiente monárquico y habiéndose independizado en una época en que las monarquías imperaban, todos estos pueblos se inspiran en el ideal democrático y adoptan la forma de Repúblicas. Y este pensamiento le fortalece la fe, al grado de aparecerle evidente "que una misión altísima aguarda a nuestra Patria Hispanoamericana, que es tan amplia, tan varia, y tan una".

Con ojo, oído y tacto de profeta, él advierte y palpa el nacimiento de una nueva alma. "Nace un alma nueva —dice—. Un espíritu nuevo se ha infundido en la humanidad, y busca una organización que le sirva para expresarse. Y Europa no puede ofrecérsela, porque su régimen es, precisamente, contrario a lo que ansía crear y desenvolver ese nuevo espíritu. Este nuevo espíritu quiere establecer la cooperación internacional, y Europa es la rivalidad y la lucha; quiere suprimir la miseria —ya que no la pobreza— y Europa es la miseria inevitable, porque le faltan tierras y le sobran gentes; quiere establecer la paz, y Europa es, por temperamento e historia y necesidad, guerrera y conquistadora; quiere suprimir las fronteras artificiales, y Europa es una maraña de fronteras artificiales; quiere facilitar los cambios por medio de una moneda de vasta y estable circulación, y Europa tiene veinte monedas inseguras, que se devoran unas a otras; quiere reducir al mínimum la diversidad de los idiomas y Europa es una Babel, con sus quince o más lenguas y sus dialectos estorbosos, que impide concordarse a los pueblos".

Así hablaba en 1925 o 1928 don Alberto. Y sus palabras parecen escritas como para el mundo de hoy, en que los pueblos se encuentran inseguros y América busca el camino de la unificación. "¿Qué no producirían estos dos genios —dice, refiriéndose al genio norteamericano y al indohispano—, complemento el uno del otro y tan necesarios los dos, si se quiere alcanzar la síntesis de la cultura humana?"

* *

Yo agradezco la oportunidad que se me presenta para hacer la evocación del perdido amigo y maestro. Dije que el folleto nació ante mis ojos, y ahora sale de las prensas también bajo la vigilancia de mis ojos, cariñosamente llevado a las manos de los hombres de buena voluntad por las manos emocionadas de la hermana: Nela Mónico.

Que el hondo y optimista pensamiento de nuestro gran conductor desaparecido, vaya a convertirse en acción en los hombres de fe del Continente, y que su "grito de batalla" sea también el grito de combate de las nuevas generaciones:

"A luchar por América!"

"A sufrir por América!"

"A triunfar por América!"

QUINO CASO.

San Salvador, junio de 1945.

¿RAZA O CULTURA?

1

LA DEFENSA DE LA RAZA

No hay tema sobre que más se escriba en Hispanoamérica, que éste de la defensa de la raza. Los escritores más notables del Continente indohispánico, tales como Enrique José Varona, Leopoldo Lugones, Sanin Cano, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, otros varios, abordan constantemente de propósito o por insidencia, el tema favorito. El "Repertorio Americano" de Costa Rica, que ha llegado a ser el vocero intelectual de América, ha concretado en una serie de preguntas los diversos aspectos de la cuestión, y de todas partes le envían respuestas a cual más interesantes e instructivas.

He aquí el cuestionario, ya famoso, a que nos referimos:

1° Cree usted que la enseñanza debe unificarse, con *determinados propósitos raciales*, en los países *latinos* de nuestras Américas?

2° Cree usted, asimismo, en la necesidad de comunizar hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3° Estima usted conveniente que se haga un *gran esfuerzo*, por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con *propósitos diplomáticos defensivos*?

4° Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras rela-

ciones económicas internacionales

5° Qué nuevos principios *nacionalizadores* aconseja usted a la intelectualidad de América?

6° Estima usted prudente que nuestra América Latina, *tome una actitud determinada* en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual *ante el caso de los Estados Unidos de América?*"

Las palabras que hemos subrayado, no aparecen así en el cuestionario; pero si no lo fueron gráficamente, lo fueron en la intención, y con tal espíritu deben leerse, pues ellas resumen, en verdad lo que se pretende averiguar.

Si se pone atención en nuestra literatura periodística y en la lírica belicosa y patrioteril — tan fecunda en Hispanoamérica — se advertirá que apenas hay un día sin un artículo, una arenga, una oda, un soneto, dedicados a celebrar *los méritos de la raza, a la defensa de la raza, al porvenir de la raza*; en los cuales velada manifiestamente, se alude siempre a los Estados Unidos de Norte. Los gobiernos y los municipios contribuyen cada año, el 12 de octubre, con discursos, salvas de artillería y copas de champagne a dar firmeza, amplitud, re-

lieve y esplendor, a este prestigio de la *raza*, ídolo ya continental.

Todo ello junto, festejos, literatura y diarismo, oratoria y encuestas, revela una general, constante y honda preocupación acerca del hoy, y, sobre todo, *el mañana de la raza*; un mañana terriblemente próximo para las naciones situadas en las orillas del Caribe; pero no menos real, aunque tardío, para las que bordean las Costas del Pacífico y del Atlántico del Sur.

Formulando en términos llanos e irrespetuosos las preguntas científicas del Repertorio Americano, las alusiones de los oradores y de los periodistas y el *champana* oficial del 12 de octubre, traduciríamos así la preocupación de estos pueblos: "¿Qué haremos para que los Estados Unidos del Norte no sigan metiéndonos con tanta gula y rapidez en sus anchurosos bolsillos? y, si es posible, ¿que haremos para que suspendan el embolsamiento, y aun para que devuelvan lo que ya tienen embolsado?"

Esta grosera fórmula que apuntamos, grosera y todo, tiene la ventaja considerable de ser clara. Siempre que se plantee una cuestión con verdadero empeño de resolverla, con anhelo de ver en ella honda y totalmente, lo más eficaz será plantearla así, con entera claridad. De lo contrario, no se le hallará solución, y si la hubiera, será una solución transitoria o deficiente.

Conste, pues, que la fórmula es cqueta e irreverente que proponemos como expresión exacta del temor general, es nuestra mejor contribución — acaso la única — al estudio del inquietante problema. Que otros lo resuelvan; a nuestra incapacidad déjesele únicamente la

tarea de expresar franca e íntegramente lo que recelamos y lo que buscamos.

En nuestro sentir, esta *palabra raza*, sobre la cual se hace descansar todo el andamiaje de nuestro patriotismo indoamericano, es, en este caso, una mera suposición; una palabra sin sentido real. Edificando sobre ella nuestras construcciones defensivas, no edificaremos nada sólido. Pues el problema según nosotros lo entendemos, *no es de raza sino de cultura*: por que si la América Latina (usemos este falso nombre) se viene desmoronando y cayendo a pedazos, *grotescamente*, en los bolsillos insondables del anglo americano, no es, ciertamente, porque en ella predominen esta o la otra raza, ni porque nadie intente destruir o alterar sus caracteres raciales, si no porque no tiene, porque no ha sabido crearse una cultura propia, original y elevada que justifique su existencia como elemento de valía en el concierto de las naciones; porque no aspira con fuerza e insistencia, a hacer la *expresión de una nueva forma de vida*; en fin, porque su preocupación y su oficio, hasta hoy, salvo raros momentos y raros países, en vez de crear ha sido copiar y caricaturar. Espiritualmente, la América Latina casi no tiene razón de ser; no porque carezca de una misión, pues justamente la suya era la más elevada, trascendental y bella y generosa, sino porque no ha sabido comprenderla; porque en vez de ser un elemento creador de porvenir, se ha revelado, se está definiendo como un elemento conservador del pasado, en la más triste y repulsiva forma: que es copiar y asimilarse todo lo que, siendo enantes vida y gracia en otras civilizaciones, ahora y para nosotros, no es ni puede ser otra cosa

sino herrumbre, mohosidad o carcoma.

La tesis de *defender la raza*, nos sugiere inmediatamente estas dos preguntas: ¿Cuál raza? ¿Defenderla de quien? ¿Habrán que defenderla de los Estados Unidos, de aquella nación que tiene ya *en su seno varios millones de negros*, y que no sólo no ha procurado exterminarlos o deprimirlos sino que, a pesar de todas sus repugnancias, cada día les abre nuevos y más amplios y más cordiales caminos que les lleven a la ciudadanía y a la cultura? En verdad, no hay en el mundo, en este momento, nación que menos piense en destruir u oprimir a gentes de otras razas —*por ser de otras razas*—, que aquella que se formó y engrandeció, y sigue todavía engrandeciéndose, merced a su decidido cosmopolitismo racial; a su

temprana y feliz intuición de que en el contacto y la fusión de todas las razas, había la promesa segura de una extraordinaria y valiosidad espiritual y física. Ahora mismo, cuando ya la nación anglo-americana comienza a sentirse estrecha en sus límites, no restringe la inmigración por causas raciales, sino, meramente, por razones económicas y de cultura. Harto sabido es que la exclusión de japoneses y de chinos, no provino de repugnancias de sangre, sino, exclusivamente, de que los naturales de aquellas naciones habilísimos y muy sobrios trabajadores,— harían bajar considerablemente el salario usual que devengan los trabajadores norteamericanos, y a causa de ello, el tipo de vida económico y social creado por los Estados Unidos (por cierto un tipo de vida muy superior al europeo) se trastornaría y se arruinaría.

II

TODAVIA NO EXISTE LA RAZA

Se da como supuesto, por la mayor parte de los que estudian la cuestión de que venimos hablando, que hay una raza en Hispanoamérica, a la cual llamamos, como si fuera cosa evidente y de todos sabida, "*nuestra raza, o la raza*". Sería curioso averiguar cuál es y dónde está, y cuántos millones de habitantes la forman.

Que se está formando una raza, y que puede hallarse totalmente formada al correr de un siglo, tal vez menos, es cosa segura y visible. Pero que ahora, ya, exista esa raza, caracterizada, una, o siquiera predominante, es sencillamente una ilusión.

El único grupo que a primera

vista reuniría los caracteres de sobresalencia y predominio, sería, no el hispano-indio, según lo imaginamos, —con preponderancia de lo hispano sobre lo indio,— sino el indohispano, como en realidad existe, con preponderancia del elemento indio sobre el hispano: una mayoría enorme de mestizos, en que la sangre india entra por tres partes o poco menos, contra una sangre española. Más, aun aquí nos encontraríamos, si lo examinamos atentamente, con un fenómeno engañoso; puesto que ese núcleo está variando constantemente: en unos países, deprimiéndose y acabándose el elemento indio, como en los países extremos de Sudaméri-

ca; en otros, como en algunos de América del Centro, reaccionando el indio y aventajando al elemento hispano.

Y aun suponiendo que tal núcleo mestizo existiera ya fijo y perfectamente definido, habría que preguntar a nuestros escritores y sociólogos, si *esa* es la raza que se propone defender y enaltecer, Si esa fuera, deberían comenzar por declararlo, para ver qué destino les reservamos a los millones de indios puros, de negros, de mulatos y de sambos que tenemos en México, en las Antillas, en Centro América, en todo el Caribe, y menos, pero siempre en cantidad considerable, en los pueblos del Sur.

Pero no, no han pensado en tal cosa, y cuando hablan de defender y cultivar la raza, se refieren vaga e inmediatamente a un núcleo blanco o casi blanco; algo casi español o casi francés, al que designan con el adjetivo de *latino*. Tan falso el hecho como el nombre. Ese núcleo latino, es, en el dominio de la realidad, y si nos referimos al vasto conjunto Hispanoamericano, una minoría muy pequeña, apenas advertible. La verdadera raza americana, no es esa, ni otra alguna: es algo que se está creando, y que si llega a definirse, a interponerse en el mundo como un valor primario, no subordinado a los angloamericanos ni a nadie, no será porque la cultivemos y defendamos *racialmente*, sino porque la habremos hecho nacer *de una cultura*.

Si revisáramos, nación por nación, los elementos étnicos de nuestro continente, en la vasta porción indolatina, veríamos cómo esa raza que se supone *una, concreta, predominante*, no es, en verdad, sino una abstracción, una realidad que vendrá, pero que todavía no alcanza a concretarse, y que, por

consiguiente, no puede servir de punto de mira o de base, cuando se trata de estudiar y de resolver problemas tangibles y apremiantes.

Mas, suponiendo que se tratara de una realidad próxima, de algo que ya luego hubiera de manifestarse como un núcleo racial amplio, intenso, expansivo y dominador, como *nuestra raza*, en fin ¿cuándo y cómo se ha demostrado que *raza* y cultura sean causa y efecto, condición y consecuencia? ¿Cuando el pertenecer a una misma raza impidió a los pueblos oprimirse entre sí, despojarse y asesinarse? ¿Acaso lo probaron así las recientes y sangrientas lecciones de la Guerra Mundial?... (*)

Una cultura: crear, moldear y arraigar una cultura; ¡una nueva, amplia y superior cultura! Esto sí que se necesita, se puede, y vale la pena de intentarse. Mas con ello, nada tienen que ver las cuestiones raciales, como no sea rodear de oscuridad la concepción del propósito, y retardar y bastardear su realización, sembrando desconfianzas, celos, divisiones y odios entre elementos llamados a verificarlo y perfeccionarlo.

¿Se dirá que ésta es una mera cuestión de palabras, sin esencial importancia en lo que atañe al fin propuesto? Absolutamente no: si nuestro miraje y nuestro criterio son *la raza*, el hecho mas bien físico que no espiritual que constituye la raza, entonces nos estorban los millones de indios mejicanos y centroamericanos; nos estorban los rotos chilenos mestizados de araucano, y los indios de denominaciones diversas que hay en Venezuela y en Colombia, en el Ecuador y en Bolivia; nos estorba todo lo que no sea blanco, o mestizo con más sangre blanca, que no

..(*) La guerra de 1914-18.

aborigen; es decir, nos estorba, por lo menos, la mitad de la población del Continente Indolatino.

Y como nos estorban, para ser lógicos trataríamos de aniquilarlos, o por lo menos *seguiríamos tratándolos como hasta el presente*, como a raza inferior, buena para explotarla, duro de sufrirla, dejada en la ignorancia y en la miseria, y entregada al Tiempo, con la tacita y esperanzada suplicación de que vaya desembarazándonos de ella. Así lo venimos practicando desde la Independencia en México, en Guatemala, en Chile, en todas partes. Y esa ha sido, es todavía, una de nuestras mayores maldades y una de nuestras más grandes torpezas: haber cabado un foso entre los pocos ladinos semi-blancos que llevamos la dirección, y la gran maza india o semi-india, negra o semi-negra, que constituyen el cuerpo, la materia prima abundante en que habría que modelarse, principalmente, la raza futura.

Mientras que, si abandonamos el criterio racial si aceptamos que esto no debe ser en nuestra América, como no lo fué en ninguna parte, ¿raíz sino fruto; si comprendemos y secundamos los designios de la Historia, que ha escogido este continente para cuna y sede y altar de una *Nueva Cultura*, de una nueva expresión espiritual de la Humanidad, entonces cambiaremos o modificaremos profundamente nuestras instituciones, nues-

tras leyes, nuestra administración, nuestras costumbres y nuestra educación, a fin de incorporar a todo lo nacional los vastos elementos ahora subordinados malamente; oprimidos, y deprimidos, los cuales, por esa opresión y depresión que les embrutece y les pervierte, no serían, en caso de un conflicto en que se viera amenazada nuestra independencia, factores de valía; porque no se defiende bien sino lo que se ama, y ellos, en verdad, no tienen motivo para amarnos.

Y para decirlo de una vez, es bárbaro, es añejo y anticristiano, mantenerle al concepto de *raza* una importancia que no puede ya tener, si es que alguna vez lo tuvo, así tan demasiado y excluyente. *La racial* implica, sobre todo el predominio de la sangre, es decir, de un elemento puramente físico y animal. Raza amarilla, raza blanca, raza negra, y raza Holstein, Durham o Normanda, viene a ser lo mismo en último análisis; sin más diferencia que en un caso se trata de hombres y en el otro de bueyes.

Y en la *cultura*, no: al hablar de cultura, hablamos del espíritu, que es causa y no efecto; que es, y fue, siempre, el modelador y no el barro.

“Por mi raza hablará el espíritu” anuncia, proféticamente, el lema del nuevo escudo de la Universidad de México —vale decir, la raza vendrá de la *Cultura*.

III

AHORA Y EN TI MISMO

Para que *América* sea un día una realidad, es necesario que comience a vivir en ti, *Hombre Nuevo* que anhelas forjar el porvenir.

Para que surja esa *raza nueva*, limpia, fuerte y cordial, que ha de cumplir los anhelos del mundo, es preciso que nazca *ahora y en ti*

mismo; para que se haga reservorio y luego manantial, y que de él broten las fuerzas edificadoras de la *nueva vida*.

Porque ésta, jamás podrá nacer de una simple construcción mental, jamás de meras fórmulas científicas ni de abstractos y fríos sistemas, sino de una llama que a un tiempo dé luz y calor; de una llama que encendida en tu corazón suba a esclarecer tu pensamiento para que encuentre los caminos, y a caldear tu voluntad para que los recorra.

Así, *Hombre Nuevo* has de sentir y de vivir la Misión de América, como una religión; has de sentir que tú eres el llamado a proclamar y difundir esa religión, y que por eso los destinos del mundo están en tus manos. Has de pensar, y decirte, cada día, al asomar el Sol, y cuando resplandezca en el zenit, y cuando se hunda en la lejanía del horizonte: "Los hombres suspiran y ruegan por una nueva vida: los hombres han vertido ya muchas lágrimas y mucha sangre, y sollozan por una nueva vida; el dolor ha inundado y saturado su corazón, y las tinieblas han sepultado su esperanza, y su mente, desconcertada, ya no ve en la creación sino maldad y azar.... e imploran una Nueva Vida.

Y esa Nueva Vida sólo puede crearse en América, la tierra en que el pan y la fraternidad son fáciles.

Los destinos del mundo están en las manos de América.

Y yo soy América, porque soy la célula, una de las células que la

forman. Y es en mí, en *mí y ahora mismo*, donde América se ha de comenzar a realizar. Sí, yo soy el responsable de los destinos del mundo, y es mi mano la que ha de enjugar sus lágrimas y ha de res-tañar su sangre!...".

Solo cuando sientas así, y vivas religiosamente así, tendrás derecho a llamarte *Hombre Nuevo*, y sólo entonces comenzará a surgir la Nueva Raza, purificadora y edificadora, que rescatará de las tinieblas a los hombres desesperanzados.

¡Ahora y en tí mismo! Ahora y en tí mismo, que comience la purificación de la raza, en la sangre y en el espíritu. Ahora y en tí mismo ha de comenzar la guerra implacable contra la embriaguez del alcohol, del opio, del tabaco, de la morfina, de todos los narcóticos; y contra la alimentación sangrienta, que hace al hombre agresivo, impulsivo, feroz y cruel; y contra la prostitución, que pudre todo el cuerpo, que hace mugre la sangre, y siembra de miasmas y de podredumbre la sangre y los huesos, y disuelve la voluntad en las nieblas viscosas de la duda.... ¡Ahora mismo y en tí!

Para que adquieras el derecho de *extirpar, de raer y de incendiar*, y también el derecho de sembrar, de consolar y de florecer.

Porque, en verdad, sólo de *Hombres Nuevos*, que tengan el corazón terrible como la tempestad, luminosos como la Aurora y fragantes como las rosas, podrá nacer América, la Nueva Humanidad, la Nueva Vida que los hombres necesitan y anhelan.

IV

LA INTUICION DEMOCRATICA DEL PUEBLO

Me refiero al conjunto de los pueblos de sangre indo-hispana que ocupan la mayor parte del Continente; que suman ya ochenta millones de habitantes; que son una unidad como raza, como religión, como historia, como suelo y clima y continuidad territorial, como instinto democrático y como tendencia social; que son, por la colaboración de la Naturaleza y del Tiempo, la más vasta, espontánea, continua y definida Unidad que hasta hoy se haya mostrado sobre el Planeta.

En este sentido, y dentro de la más sustancial realidad, quiero tratar aquí de la misión a que ha sido llamada por la Providencia del mundo, esta entidad que conocemos con el nombre de América Española. Le falta, es verdad, la unidad política, y el carecer de esa condición induce a muchos a no ver en ella la Unidad que realmente es. Pero, desde antes de la Guerra, y con más evidencia ahora, es doctrina cierta que la conformación política no es una realidad primordial, sino más bien, un accidente de la vida de los pueblos; más o menos durable, según se acuerde o no con sus realidades características. Lo que verdaderamente hay de real, de profundo, significativo y estable en las nacionalidades, es el suelo, es la san-

gre, es el concepto de la vida social y de la vida espiritual; es, sobre todo, el *idioma*, que expresa y resume todos los demás, y que sirve como de sello a la entidad que de ellos resulta.

Aun desde el punto de vista de la forma política, si profundizamos en ello, aparece confirmado este carácter de unidad que atribuimos a nuestra América. Fijémonos, sino, en el hecho de que todas las naciones hispanoamericanas son democracias y repúblicas, y que han asumido esa manera de ser, fácil, naturalmente, como si una viva intuición les hubiera sugerido desde el primer momento que la democracia y la república serían las formas políticas más adecuadas al desarrollo y cumplimiento de su más alta vocación. Recordemos que todo era monárquico en el mundo cuando se descubrió la América; que todo era aún monárquico cuando los pueblos americanos se emanciparon y se constituyeron en naciones; monárquicos fueron nuestro origen y nuestra educación y sin embargo, de ese ambiente de monarquía plena surgió la constelación de repúblicas democráticas que son ahora la patria Hispano Americana.

Diferencias en el mecanismo gubernamental; diferencias en la legislación secundaria; diferencias

en ciertos procedimientos y en la organización formal de algunas instituciones: todo ello, cosa fácil de modificar; pero en lo hondo, en lo determinante que es el instinto democrático, y en su manifestación que es la forma republicana, subsiste la similitud, mas bien dicho, *la Identidad, la Unidad.*

Me doy cuenta de que estoy afirmando cosas ya sabidas y que para ninguno es difícil concebir el mundo hispanoamericano como lo que realmente es: una *virtual* e inmensa nación, a la cual no más le falta la *comunidad de una conciencia colectiva* y la exterioridad de algunos matices comunes, para ser asimismo una *actual y viviente* nación. Me doy cuenta de ello y si recalco sobre tales afirmaciones es, simplemente, porque ellas son el cimientto de la idea que deseo insinuar, a saber: que la América Hispana, tan maravillosamente condicionada para cumplir en la vida una grande misión, todavía no se ha dado cuenta de cuál sea, ni menos de que ha sonado la hora de consagrarse a su cumplimiento.

En la Naturaleza, todo, hasta las creaciones más insignificantes, tienen una finalidad; cuanto más un pueblo —que ya como formación física es de visible significación— y que es aún de una calidad más elevada como entidad moral, pues el corazón y el espíritu suman y multiplican su valía de creación material. Siempre que apareció en la historia un pueblo de amplias y acendradas capacidades, fué para realizar alguna labor de grande interés, proporcionada a sus aptitudes morales y a sus condiciones físicas. Así, me parece evidente que una misión altísima aguarda y reclama a nuestra Patria hispanoamericana, que es tan amplia, tan rica, tan varia, y tan una; tan firme por una extensión territorial;

tan influyente por el crecimiento de su población; tan naturalmente cordial, porque siente la vida de igual manera, y la expresa en una misma lengua; tan fácilmente fraternal, porque en ella la lucha por el pan no provoca a formar ejércitos ni defensivos ni conquistadores; tan visiblemente llamada a vivir la vida del espíritu, porque la otra, la del cuerpo, no tiene en ella exigencias tiránicas. Somos, como territorio, la sexta parte del Planeta, y un quinto de la tierra habitable; somos ya ochenta millones, y seremos el doble dentro de medio siglo; poseemos tierras baldías para alojar mil millones de habitantes, y esto, en el preciso momento en que Asia y Europa necesitan aliviarse —para no morir asfixiadas— de dos o trescientos millones. Todas esas afirmaciones deben subrayarse con esta línea de sangre y de fuego que se llama la Guerra Mundial, cuya primera consecuencia es haber llevado a la conciencia del mundo, que Europa, generadora y directora de la civilización, ya no puede guiar ni generar, porque su capacidad, verificada en la balanza del Destino —no en una orgía de vino como la de Baltazar, si no en una de sangre— *se ha encontrado que estaba falta...*

Sí, se tiene ya conciencia de que la hegemonía de la civilización europea llegó a su fin, y que la decadencia ha comenzado. Allá mismo, los hombres de más visión y sinceridad lo comprenden y lo confiesan, y los más optimistas discurren desesperados remedios, como los que suelen aplicarse a los enfermos que agonizan.

Sin duda que el brillo, el prestigio, la gracia, el esplendor, la seducción que rodean a ese sol que desciende, le harán aparecer todavía durante algún tiempo como si

fuera un sol que se levanta; pero el fin es irremediable y, siglos más o menos, se aproxima a su definitiva extinción. Cuando un enfermo ha comenzado a morir,

nada quita a la fatalidad de la muerte el que su agonía sea larga, ni que de tiempo en tiempo una llamarada anhelosa finja los esplendores de la vida.

V

EL ALMA NUEVA QUE NACE

En el momento en que Europa comienza a perder el gobierno de la civilización, se halla la América Española como un niño inexperto, inhábil, acostumbrado a que piensen por él, a que ideas, sentimientos, aspiraciones y gustos se le den hechos; a que le enseñen o le sugieran todo, hasta los vicios; a no ser más que un reflejo de aquella luz de Europa que ahora comienza a nublarse y desvanecerse. Nuestra aspiración única, que fué en todo copiarla e imitarla, se encuentra ahora convertida en una aspiración peligrosa; pues si la civilización europea comienza a morir, no es sino *porque ya no es saludable, ya no es adecuada, ya no responde a las necesidades y anhelos del mundo.*

Nace un alma nueva. Un espíritu nuevo se ha infundido en la humanidad, y busca una organización que le sirva para expresarse. Y Europa no puede ofrecérsela, porque su régimen es, precisamente, contrario a lo que ansía crear y desenvolver ese nuevo espíritu. Este nuevo espíritu quiere establecer la cooperación internacional, y Europa es la rivalidad y la lucha; quiere suprimir la miseria —ya que no la pobreza— y Europa es la miseria inevitable, porque le faltan tierras y le sobran gentes; quiere establecer la paz, y Europa es, por temperamento e historia y necesidad, guerrera y conquistado-

ra; quiere suprimir las fronteras artificiales, y Europa es una maraña de fronteras artificiales; quiere facilitar los cambios por medio de una moneda de vasta y estable circulación, y Europa tiene veinte monedas inseguras, que se devoran unas a otras; quiere reducir al mínimum la diversidad de los idiomas y Europa es una Babel, con sus quince o más lenguas y sus dialectos estorbosos, que impiden concordarse a los pueblos.

Europa, decimos, es la separación y la fragmentación: en la moneda, en la frontera, en el idioma, en el suelo, en los hábitos, en el clima, en la forma de gobierno, en la jerarquía social, en todo. Y los hombres quieren ya otra cosa; sienten que pueden y deben fundar otra cosa: *Una nueva cultura*, más humana, más suave, más armónica, más para todos, más integral, más sencilla y más espiritual.

Y puesto que Europa ya no es capaz de guiar al mundo en esta nueva vía, ¿quién asumirá la dirección? ¿quién será el Moisés que nos conduzca a esa nueva tierra prometida?

La idea de que una gran nación asiática pudiera asumir la dirección de la cultura humana, es poco verosímil. Carecen esos pueblos de expansividad generosa; toda su contextura mental tiende al yo, a

un yo racial o nacional, que puede, sin duda, intentar la expansión de su propio dominio y lanzarse a la conquista del mundo para imponerle a éste su civilización tradicional y anquilosada; pero nada les capacita para hacerles creadores y difundidores de una cultura integral, como la humanidad la sueña y la quiere.

Para esta obra, no hay en el Planeta más que dos pueblos: el Anglo-Americano y el Hispano-Americano: ambos herederos y naturales continuadores del espíritu europeo; ambos poseedores de extensos y ricos territorios; ambos salidos de fuentes en que el ideal, concebido de manera distinta, produjo dos maneras de ser que son todavía dos maneras predominantes de organizar la vida.

* *

Que estas dos culturas nacientes van poco a poco mezclándose, y fundiéndose, es un hecho casi inadvertido. Pero es así: millares y millares de hispanoamericanos arriban incesantemente a Norte América, e invaden todas las esferas de actividad, desde el menudo oficio casero, hasta la cátedra en las Universidades; por cada norteamericano que viene a ejercitar aquí sus capacidades, llegan diez hispanoamericanos a Norte América, y allá comercian, especulan, fabrican, escriben, enseñan, se mezclan con los naturales, y esparcen e inflitran en todo sentido su sangre, su idioma, sus gustos, sus tendencias y su concepción del vivir.

Si esta doble y contraria corriente fuera encauzada e impulsada, América sería bien pronto una sola nación, con dos lenguas únicas: práctica a un tiempo y soñadora; creyente y activa; letrada

y comercial; poética y emprendedora; justiciera y humanitaria. Llegaríamos en un siglo a ser un solo pueblo, resumen de todos los que hay en el Planeta; y crearíamos, para beneficio del mundo, la más hermosa civilización imaginada; donde para todos habría luz y pan, justicia y amor.

Porque, como es notorio, nosotros los del Sur tenemos el ensueño, la compasión, la equidad, el desinterés, la visión pronta, la abnegación fácil, el sentido del arte y la devoción por la belleza; y ellos los del Norte, tienen la constancia, el método, el respeto a la ley, la devoción por la justicia, la fe religiosa, el sentido del orden y el instinto de la organización.

¿Qué no producirían estos dos genios, complemento el uno del otro, y tan necesarios los dos, si se quiere alcanzar la síntesis de la cultura humana?

Pero ocurre que, mientras nosotros ignoramos u olvidamos nuestras capacidades y nuestra vocación, aquel pueblo del Norte tiene la más viva, exacta y definida conciencia de lo que puede intentar. Mientras nosotros nos ejercitamos en retraernos, en separarnos y en contraponernos, ellos se ejercitan en ligarse, en unificarse, en concretar y vigorizar el alma nacional; en hacer un haz de todas sus fuerzas materiales y espirituales, para tener así una irresistible palanca que les permita remover y dominar cualquier obstáculo. Mientras nosotros copiamos, ellos crean; mientras nosotros nos avergonzamos de tener algo nuestro, ellos se enorgullecen de no tener nada que no sea propio; mientras nosotros nos empeñamos en ser un remedo o un reflejo, ellos se empeñan en ser una realidad y una individualidad.

El pueblo norteamericano se de-

fine así: *un pueblo que cree en sí mismo*: que coloca por encima de todo, la fe en su propia inspiración y en su propia virtud. El pueblo norteamericano, en toda crisis o evento, no piensa en la tradición, no acude a inspirarse en lo que hacen los otros; piensa y se inspira siempre en lo que le dicta su propio genio, en el momento y en el ambiente de la necesidad. Así, ese pueblo tiene su propia manera de comprender y de sentir la religión; tiene un arte que es suyo, aunque naciente y bárbaro; tiene una filosofía que es suya, aunque balbuciente y estrecha; una política propia, una enseñanza propia y una economía propia. Modas, gustos, costumbres, leyes, instituciones, aspiraciones, creencias, concepto de la cultura,

concepto del trabajo, de la riqueza, de la justicia, todo es ahí expresión de una vida original, de una fuerza que sabe a dónde va, y no va sino a donde quiere.

Entre tanto nosotros, o no vamos a ninguna parte o no sabemos para donde vamos. Y eso, porque nos ignoramos; somos como el hijo de un rey, a quien robaron de niño los gitanos, y que en el trato y el ejemplo de ellos, se le gitaniizó el espíritu, y ya no se siente príncipe sino gitano; somos como el hijo de un millonario opulento, a quien una locura extraña le hubiera hecho creerse mendigo, y en vez de llevar henchida y franca la escarcela para otorgar limosnas, vagara por calles y plazas, abierta e implorante la mano para recibirlas.

VI

HACIA UNA CONCIENCIA COLECTIVA

Para justificar la verdad de este cuadro, no hay sino volver los ojos a los pueblos a quienes se supone más civilizados entre los nuestros. Con excepción de alguno de ellos, los demás no han hecho sino copiar, y, naturalmente, como la imitación de lo malo es mucho más fácil que la de lo bueno, aquellos remedos de civilización europea suelen ser, no copias, sino desgraciadas caricaturas. Pueblo hay entre esos que, disponiendo de riquezas inmensas y sólo de escasa población, vive acogotado por los conflictos entre el capital y el trabajo — simplemente por haber construido su armazón social y económica, a imagen y semejanza de las naciones europeas; hay ciudades de ésas, que son de ayer, y que debieran ser

maravillas de sanidad moral y material, y están ya ulceradas por una prostitución, leprosería, morfínismo, y otros vicios y morbos que en nada ceden a las más podridas urbes del viejo mundo; otras hay donde, rodeando a un grupo de familias patricias y oligárquicas, millaradas de salvajes astrosos hacen el papel de pueblo soberano. El pan, lo mismo que la luz, son un monopolio; la religión, un ceremonial; la justicia, un decir. Así, naciones que acaban de nacer, con tierras inmensas, con población escasa, sin estorbos de la tradición y donde todo concurre a constituir pueblos cultos, felices, prósperos y cordiales, son, al contrario, pobres, sucios, tristes, ignorantes; sin más ideal que vivir y gozar al día, o echarse unos

contra otros en absurda disputa de fronteras lejanas, inhabilitadas e inútiles.

¿Por qué así? Por una sola y decisiva causa; porque a los hispanoamericanos, *nos falta una conciencia colectiva*; nos falta darnos cuenta de *nuestra ley interna y directriz, que es la unidad*, es decir, la cooperación. Desde el momento en que adquiramos esa conciencia, todas las fuerzas que ahora derrochamos en empresas grotescas, efímeras o perversas, las emplearemos en el sentido de la concordia, de la unidad de miras, de la organización encaminada a realizar los mismos grandes fines.

* *

Ocasión vendrá, en que estas cosas que apenas puedo ahora esbozar, reciban más claridad y más hondura en un estudio dilatado; o todavía mejor de ser uno solo quien emprenda ese estudio, serán todos quienes, despertando de este encantamiento en que yacemos, clamen desde lo más hondo de su conciencia: somos hijos de reyes, y hemos nacido para el cetro. Y desde ese momento la América Española, lejos de ser la nubada de pueblos sin timón, sin derrotero y sin ideal, que malgasta sus fuerzas y traiciona su vocación, será la constelación de soles que alumbrará el camino de la nueva cultura, de la Nueva Era a que el mundo va a entrar.

Mas si, por una fatalidad, esa conciencia no llegara a nacer; si estos pueblos no llegan, por fin, a la comprensión de su interna Ley y de su alta misión, entonces esa nueva cultura será no más la obra del Norte; será una cultura exclusivamente angloamericana. Porque es ley que ahí donde hay vida, fé aliento y esfuerzo, método y cons-

tancia para realizarlos, haya también éxito, gloria y predominio. El poder es y será siempre de los fuertes, y entre los fuertes, de los que más dignamente saben serlo. Hércules, será siempre el tipo más alto que produzca la vida: *el héroe poderoso y desinteresado*. Ahora bien, esta empresa de crear para el mundo *Una Nueva Cultura*, es, justamente, empresa de Hércules; no de pigmeos que se agitan bulliciosamente en la mísera órbita de sus anhelos egoístas y de sus propósitos de un día. Y la cosa más trágica que pudiera ocurrir en la historia humana, sería, aquella de que una vasta Unidad, como la nuestra, *tan llamada a emprender y realizar cosas excelsas, quedara reducida a ser simple mercado de unos nuevos fenicios, o ilotas de unos nuevos laconios*.

* *

¿Cómo ha de ser esa nueva civilización de que hablamos? Lleguemos antes al despertar de nuestra más amplia conciencia: movámonos en el sentido de nuestra fuerza directriz, que es la cooperación y entonces, *el espíritu hablará por nosotros*, y veremos, clara y exactamente, el camino de nuestra salvación. Empero, algo cabe insinuar acerca de los medios de mayor eficacia para iniciar ese camino.

Como toda luz viene de lo alto, pienso yo, que en la América Hispana —donde no hay realeza, ni aristocracia, ni órdenes militares caballerescas, ni castas sacerdotales dominantes, ni colegios de iniciados, ni ricas y refinadas oligarquías, ni mecanismo alguno, tradicional o clásico, encargado de la alta enseñanza y conducta de los pueblos —pienso yo, que son las Universidades las llamadas, nece-

sariamente, a consultar la brújula y a trazar el itinerario.

Desvanecida para siempre la ilusión de que la inteligencia proviene de la casta, de la sangre, del dinero, de la fuerza física, del gremio, o del número; y siendo la función de conducir y regir los pueblos la que requiere más inteligencia, más conocimiento, más prudencia, más juicio y más bondad, no veo de dónde si no es de las Universidades pueden salir las clases dirigentes que se necesitan para definir y organizar la Nueva Cultura. Prácticamente considerado el problema, se reduciría, pues, a que las Universidades Hispano Americanas, nos formaran clases dirigentes muy mejores que las que hasta ahora nos dieron; muy mejores, porque la tarea de ahora es muy superior a la de antes; *hombres de corazón, hombres de ideal, hombres de mentalidad,*

hombres de ilustración y de prudencia, hombres de esfuerzo, perseverancia y método, hombres que merezcan y sepan ser conductores de esta gran empresa: hombres que realicen la síntesis de la bondad, de la cultura y del desprendimiento, del heroísmo y de la abnegación.

Cuando las Universidades Hispano Americanas orienten su trabajo en el sentido que demandan la vocación de estos pueblos, y la necesidad y el anhelo de la Humanidad en esta hora, podremos decir que las esperanzas del Mundo se han salvado, y que la Nueva Era no será el predominio mental y moral de una sola nación —sino la flor, la rosa de cien hojas, nacida del corazón y de la inteligencia de todas las razas y de todos los pueblos. Será el ensueño hecho carne; una vez más, el Espíritu Santo descendido a la tierra.



LA UNIDAD DE AMB

CONSEJO NACIONAL DE LA AMB

VII

CABALLERIA ANDANTE

Las mayores cosas de este mundo las hicieron los caballeros andantes. La vida nómada, que impone sencillez, desprendimiento, disciplina, y que renueva constantemente las impresiones, por el constante renovarse de las cosas que se ven y de las gentes que se tratan,— tiene algo singularmente propicio a la realización de las empresas de vuelo.

Nómades fueron Budha, Pitágoras, Confucio, Jesús, San Pablo; Lao-tze y Platón, se hicieron nómades para desentrañar de sí mismos, y cristalizarlas, sus doctrinas maravillosas. Bolívar, Miranda y San Martín, caballeros andantes a quienes seguían ejércitos, fueron nómades.

Rubén Darío fue nómada, y Manuel Ugarte, Vasconcelos, Gabriela Mistral, Haya de la Torre, impregnan su vida y su trabajo con frecuentes períodos de nomadismo.

Aunque el folleto y el periódico llevan a todas partes la idea de quienes se consagran a las empresas colectivas y generosas,— que son la ocupación natural de los caballeros andantes,— hay algo que sólo puede llevar el mismo que encarna tal idea, y que viene a ser para ésta, así como la luz del amanecer para las flores acabadas de

abrir: es el gesto, el ademán, la mirada, la voz... todo eso que es *encarnación*, pensamiento y voluntad viviendo y andando.

Es gracia de nuestra América indoespañola, que no le falten caballeros andantes. Somos fieles en esto a la memoria de Caucelcán, que “anduvo, anduvo, anduvo”, y a la memoria de Cervantes, que simbolizó sus andancias de cuerpo, de corazón y de espíritu, en la historia de don Quijote.

Y cada vez, —si por ventura llegamos a comprender bien, LA MISION DE AMERICA—, cada vez surgirán a la vida nuevos y más esforzados caballeros andantes: porque la tierra de Indohispania es dilatada; porque sus pobladores son muchos y se multiplican; porque su lengua única hace grato y fácil el ir a decirles, mano a mano, la palabra que nos sale del corazón; porque sus pueblos, todavía muy niños y muy poco sabidos, necesitan que se les expliquen muchas cosas, que se les sugieran ideales y se les vigorice la fé; en fin, porque hallándose en muchas partes aherrojados y amenazados en otras, es indispensable que sus conductores les repitan, una y otra vez, esta palabra que encierra una virtud inconstatable: MAÑANA!....

Nuestro día, hombres de la América india, ha de llegar también. Si merecemos crear una cultura mayor y mejor que las que hasta hoy fueron creadas, no hay duda de que llegará nuestro día. O más bien, lo haremos llegar nosotros, pues ha de nacer, de la luz de nuestros corazones.

Pero el mañana no puede avenir si no se genera del *hoy*. Andando hoy nuestra jornada es como nos entrenamos para luego andar las que nos faltan, y aprendiendo a saltar desfiladeros hoy, nos capacitamos para escalar mañana las cimas.

Pues esta es la empresa y la misión de nuestros caballeros andantes; decirnos dónde esté fuerte la piedra para afirmar el pie, y de cuál raíz podemos asirnos sin peligro de que se desarraigue y nos precipite. En esto andan Manuel Ugarte, Haya de la Torre, la Mistral y Vasconcelos. Y también Soto Hall, que viene a traernos la confianza de la Argentina, la

cual, es, simplemente, que por fin ha surgido la estrella, la luz que nada cobra por alumbrar; la que voluntaria y deliberadamente asuma el papel de antorcha y dice en cada uno de sus centelleos: por aquí hermanos; por aquí va el sendero.

“Podemos serlo todo, —no hemos perdido nada” ha dicho Soto Hall descorriendo el velo que encubre un esplendoroso y dilatado horizonte. “No hemos sido casi nada,— *podemos serlo todo...*”.

¡En verdad!

América ha de adquirir conciencia de esta nulidad pasada y de su eficiencia futura. De la netitud y de la fuerza vibrante de esa conciencia dependerá toda la amplitud y la intensidad de la obra. Saber lo que se puede, es saber lo que se debe, y solo una clara y honda percepción de esa eficiencia latente, puede mostrarnos el camino y darnos ánimo y luz para recorrerlo.

VIII

EL GRITO DE BATALLA

1º—América es el Continente destinado por la Providencia y la Naturaleza, para ensayar y realizar las *nuevas formas de vida* que la humanidad necesita y quiere.

Todo lo que los hombres han soñado y anhelado para establecer una *nueva vida*, puede y debe realizarse en América, y sólo en América puede realizarse.

2º—América tiene una unidad territorial completa, y una unidad en formación de raza y de idioma que la capacita para el intento de

la obra de fusión que ningún otro Continente puede realizar. A lo largo de sus Andes, espina dorsal que va de polo a polo, se enlazan todos los climas, y surgen todos los productos. Y en cada trozo de su territorio, la montaña, erigiéndose sobre la llanura, hace un resumen del Continente, en fuerzas y bellezas, en actualidad y potencialidad.

3º—En otros Continentes, las cordilleras separan. En América unen. Los Andes son el hilo de

granito en que se engarzan veinte pueblos. Del Ande, en forma de ríos y en ondas de lava, como si descendieran del cielo, baja la Vida, y se esparce, y fecundiza la llanura, y va a confundirse con la totalidad del planeta, perdiéndose en uno y otro mar.

4º—Cien millones de blancos, veinte millones de negros, veinte de indios, sesenta millones de mestizos y dos millones de asiáticos, que mezclan su sangre y sus almas, vertiendo su espíritu en dos lenguas únicas que se confundirán en una sola, forman los elementos de la NUEVA RAZA, de la *raza cósmica* que forjará la América.

5º—Apenas excede de doscientos millones de habitantes la población de América. Sus llanuras y sus montañas están aguardando, para acogerlos en su seno inmenso, a mil trescientos millones más. La tierra, inmensa, dá para que todos siembren y cosechen. El sobrante que asfixia a Europa y Asia, cabe holgado en las selvas del Brasil y en las pampas de la Argentina. Y así, mientras por nacimiento y allegación se forma aquí el resumen de la Humanidad, iremos formándonos una conciencia, una *Conciencia Continental*, que es la suprema necesidad nuestra: y se irá formando la *nueva raza* que tenemos que purificar y acrisolar, para que responda a los anhelos de una *Conciencia Nueva y Única*.

6º—Apenas América comprende que tiene una misión que cumplir; apenas sienta que posee todos los elementos para cumplirla, organizará su vida en el sentido de la unificación, y entonces, todos los males graves que ahora sufre comenzarán a disminuir, y se curarán por sí mismos, o se atenuarán al grado de que ya no podrán inquietarla ni estorbarla.

7º—Conciencia unificada es lo que necesita América: conciencia de su riqueza, de su belleza, de su inteligencia, de su destino. Conciencia de que lo que no alcanzó a esbozar el Africa, ni alcanzó a integrar el Asia ni pudo concretar Europa, ella puede concretarlo e integrarlo, porque *ella misma, en sí*, es concreta e íntegra.

8º—*El Reino de Dios*: es decir, la Sociedad Humana viviendo del trabajo, de la equidad y de la concordia; con una vida limpia en que el pan no se amase con sangre ni prostitución ni embriaguez ni miseria, tal es LA MISION DE AMERICA; eso significará desde hoy América en el pensamiento y en la voluntad de los HOMBRES NUEVOS.

9º—El Africa nos dió la corporalidad del hombre; su animalidad ingenua y resistente; su fuerza y su plasticidad, que le capacitaron para luchar contra la fiera, el desierto, las plagas y los climas. El Asia le dió el sentimiento religioso, el anhelo de universalidad, el don de sublimarse, por el desprendimiento y el éxtasis. Europa le dió el dominio sobre la Naturaleza; la inteligencia de los fenómenos; el talento de extraer de las cosas la riqueza y de multiplicar las fuerzas por medio de la organización; le dió la pintura que es la comunión en la luz, y la *música* que es la comunión en el ritmo. América le dará la comunión en el pan, que es la VIDA, y el respeto y la tolerancia, que son la concordia y la equidad.

10º—Nacerá y creará y culminará en América, una Economía Nueva, fundada toda ella sobre la cooperación. La caña de las Antillas, el café de Centro América, el arroz de Virginia, el algodón de Arizona y de Texas, las frutas de California, el maíz de los Trópicos,

el trigo de la Argentina, el vino de Chile, las maderas del Brasil, la lana del Perú, no serán ya, como son ahora, productos de rivalidad y de guerra, sino de entendimiento y concordia. Dará cada región lo suyo *propio*, lo que puede y sabe dar mejor y en más cantidad que los otros, y entonces se establecerá el cambio de las cosas vitales, no amparado por la mentira de los tratados y la verdad amarga de los cañones,— como es en Europa—, sino por la clara y amistosa conveniencia de todos.

11.—Y nacerá y crecerá en América una religión nueva, sin el prestigio de las tinieblas y las sanciones del terror, como las que atormentaron a nuestros ascendientes blancos, sino nacida del sentimiento de que la *Vida es una*; de que la verdad suprema, es la *intuición de esa Unidad*, y la total moralidad, fortalecer ensanchar y embellecer la vida nuestra, en la plenitud de las vidas ajenas. Será una religión blanca, luminosa y celeste, y su símbolo será el Sol.

12.—Y habrá de nacer también en América una *Ciencia Nueva*, una interpretación nueva de la Naturaleza, que no servirá para desunir y dividir a los hombres, sino para concordarlos y sublimarlos. Y asimismo, una manera nueva de sentir la belleza, que ya no hablará sólo al corazón de los refinados, sino que sabrá herir y conmover las fibras recónditas que duermen en el corazón de todos los hombres.

13.—Y, en fin, un nuevo sentido del Gobierno; el sentido de la paternidad actuando en nombre de la ley, organizando la Nación como una Gran Familia; y a todas las familias continentales, en una alianza amistosa y fervorosa de parientes que se sienten hermanos.

14.—Realizar esos propósitos, cumplir esas promesas, es la Misión de América, y ella se hará posible mediante la adquisición de una *Conciencia Continental*, y se cumplirá mediante la actuación de la Nueva Raza, la cual ha de ser un instrumento adecuado al trabajo que requiere la empresa titánica de crear y acrisolar esa nueva civilización.

15.—Ciertamente, necesitamos una raza. Lugar, tiempo y hombre o raza, son los elementos de la Acción, y tan vasta como se emprenda ésta, así han de ser puros y extensos y trascendentales aquéllos. Tierra maravillosa tenemos, donde toda fruta y legumbre, todo pasto y cereal, todo árbol y toda flor viven y prosperan; donde el pan, grato y abundante, el pan de todos, no tiene más enemigo que la codicia de una horda de cavernarios, hombres primitivos en que todavía el alma no surge ni se inicia el espíritu. Tierra pródiga, anchurosa y luenga donde la montaña y la llanura, las cimas y las simas, tienen preparado el escenario para la más alta y clara vida.

¡Pero la raza! Ochenta millones de alcohólicos que envenenan a través de su sangre podrida el hoy y el mañana.... El campesino, hambriento, supliendo con la energía fugaz y mentirosa del tóxico, la fuerza real y duradera que le robara la roña del patrón.... Las gentes, descalzas, viviendo como bestias, en covachas que rezuman humedad y tristeza.... Y en la ciudad, un hervidero de lupanares, una trata de blancas y de indias groseramente disfrazada; una generación de adolescentes enfermos y arruinados ya.... Y el lucro, espeso, hediondo, hinchándose con lo que sustrae de la borrachera, de la prostitución, de la morfina,

del juego, de la superstición!... ¡Esa es la raza que tenemos!

16.—Sí, necesitamos una raza. América tiene que ser, ante todo, la obra de una raza. PERO NO DE ESTA RAZA. La raza que necesitamos para que edifique la América —LA VIDA NUEVA, LA HUMANIDAD NUEVA—, ya no puede ser una raza meramente animal, surgida al azar, más o menos infecta según que los eventos hayan entrecruzado los desechos de todos los pueblos enfermos. No; la raza para tal construcción ha de ser limpia, fuerte, alegre, voluntariosa y tenaz. Ha de tener el ímpetu y la persistencia del hombre que duerme y come bien, cuya sangre corre fluida y encendida en las venas, libre de ponzoñas y de miasmas. Ha de tener la serenidad de la fuerza que exulta y se contiene, y la disciplina del que se deleita en su obra, porque obrar es la necesidad y la alegría de su ser. Y ha de tener el aire triunfador del que sabe que emprende y realiza prodigios, que son por sí mismos la gloria más alta de un hombre verdadero.

Esa es la raza que hemos de formar, HOMBRES NUEVOS DE AMERICA. Y para forjar esa raza, se necesita *un plan, un derrotero; un camino* que se inicie en la *purificación* de lo que somos, y éntre luego en la *selección* y distribución de los elementos raciales así purificados.

Hermanos, HOMBRES NUEVOS DE AMERICA: el hecho decisivo para nuestra labor y nuestro éxito, es forjar esa raza. Como un lapidario que se dispone a tallar zafiros y amatistas, antes se provee de un diamante para forjarlos y tallarlos, así nosotros hemos de proveernos de ese diamante: una raza que será la expresión del pensamiento y de la

voluntad del mundo, que anhela y necesita una VIDA NUEVA.

17.—“Yo soy América. América palpita ya y se realiza en mí, y cobra alas para volar y redimir a los hombres. Yo soy el redentor del mundo, porque yo tengo aquí dentro, viva y anhelosa de esparcir su vida, a esta ave titánica que es América, —águila a un tiempo y colibrí; cóndor de plumas férras y garras de granito, y a un tiempo quetzal de plumas de esmeralda y zenzontle de resonantes trinos. Sí, yo soy América, yo realizaré el prodigio de crear esa nueva civilización del pan y la equidad y la concordia, que es la MISION DE AMERICA”.

Así debéis pensar, y sentir, y actuar, HOMBRES NUEVOS DE AMERICA, que habéis sentido y comprendido la hora; que habéis escuchado el llanto de la tribulación, y habéis descubierto dónde se esconde el bálsamo que ha de curar la herida.

18.—América significa MAÑANA. Pero ya no un mañana nebuloso y fantasmagórico, abandonado al azar de los tiempos, sino un mañana concreto y preciso, que nuestra mente y nuestros brazos convertirán en HOY.

América ya no es una expresión geográfica sino una expresión espiritual. América es una FE Y UN PROPOSITO. América es el credo político, social y espiritual de los HOMBRES NUEVOS; de los que ya no quieren asfixiarse en los pantanos de las patrias minúsculas, misérrimas, inermes, sobre las clases todo insolente poderoso llega y escupe, haciendo que los esclavos adoren su deyección.

América es una IDEA que pugna para convertirse en una FUERZA.

No es un sueño sino que es un yunque. América débil, desunida

parcelada y mezquina, devorándose a sí misma, es la América vieja, triste y carcomida, obra de enanos y de miopes.

Enterrémos y olvidemos esa América infecta, y hagamos surgir de sus cenizas la AMÉRICA NUEVA, fuerte, unida, concorde, consciente de su misión, dispuesta al dolor y a la muerte para realizar su misión.

No haya más en América sino dos patriotismos: el VIEJO, pequeño e infecundo, que endiosa las fronteras y el ayer mezquino y ren-

coroso y el NUEVO, que vuela sobre las fronteras y enlaza las manos y crea un presente de fuerza y dignidad, e incuba un mañana de justicia y de triunfo!...

¡HOMBRES NUEVOS DE AMÉRICA! Alcémonos, formemos en fila de combate, ensanchemos el pecho, absorbamos poderosamente el aire de la vida, y que surja y resuene el grito de batalla:

¡A LUCHAR POR AMÉRICA!

¡A SUFRIR POR AMÉRICA!

¡A TRIUNFAR POR AMÉRICA!

IX

PROYECTO DE CONSTITUCION PARA LA UNION VITALISTA CENTROAMERICANA

Art. 1º—La Unión Vitalista Hispanoamericana persigue los siguientes fines:

1º—Desarrollar en todos los pueblos de la Unión la conciencia viva de un destino común, el cual habrá de cristalizar en la creación de una NUEVA CULTURA, que traiga a los hombres una verdadera y más amplia justicia, una más extensa e intensa cordialidad.

2º—Procurar a todos los habitantes de Hispano América la satisfacción íntegra de sus necesidades primordiales, según la define la doctrina del MINIMUM VITAL, realizando para ello en las instituciones, en las leyes y en las costumbres, todas las reformas conducentes a dicho fin.

3º—Crear entre los diversos Estados de La Unión y entre las diversas regiones de cada uno, una Economía de cooperación, que sustituya a la Economía individualista.—raíz y ambiente de los odios internacionales, y generadora del

hecho monstruoso de que el bienestar de unos hombres se asiente sobre la ruina de los otros.

4º—Sostener el principio natural de que la tierra no es ni debe ser propiedad privada, y de que la Nación puede, con pleno derecho, modificar las leyes que rigen su posesión y usufructo, siempre que sea de necesidad evidente.

5º—Suscitar entre todos los habitantes de nuestra América, por todos los medios posibles, la conciencia viva y militante de que, siendo la vida el BIEN PRIMARIO de cada hombre, el DERECHO AL TRABAJO debe primar sobre todos los demás derechos e intereses, porque la vida íntegra no puede realizarse sin el trabajo.

6º—Establecer el SALARIO MINIMO VITAL para los campesinos y obreros.

7º—Reconocer y estatuir que el trabajo, bien y largamente desempeñado, genera derechos de continuidad y de mejor remuneración.

8°—Crear por medio de la Escuela Primaria, en las nuevas generaciones una mentalidad vitalista con toda la preparación necesaria para que realicen esa mentalidad.

9°—Contener la degeneración de la raza y provocar su mejoramiento, por medio de medidas biológicas, eugenésicas e higiénicas, cuya eficacia esté suficientemente demostrada por la ciencia.

10°—Subordinar todas las relaciones conyugales al derecho del hombre, a fin de que éste se desarrolle con excelencia y plenitud en lo físico, en lo económico, en lo social y en lo espiritual.

11°—Asegurar al niño desvalido la paternidad del Municipio, como complemento de la paternidad natural.

12°—Establecer entre las veintidós naciones de la América-Hispana el Arbitraje Absoluto y Obligatorio, a cargo de un Alto Tribunal integrado por delegados de los propios países, y en el cual tengan igual representación todos los pueblos asociados.

13°—Crear entre dichas naciones una Alianza Defensiva y Perpetua, que le garantice a cada una de ellas la independencia, la autonomía y la integridad territorial.

14°—Llegar a un acuerdo con los habitantes de raza india, para incorporarles a nuestra cultura conluciendo en amplia medida su psicología, su historia, sus necesidades y sus anhelos, manifestados libremente por los mismos indios.

15°—Sostener la doctrina de que el hombre es el origen de todo el derecho, y no la intervención extranjera. Las colonias, protectorados, mandatos y cualesquiera otras formas de intervención, se tendrán como hechos de fuerza llamados a desaparecer, a fin de que nuestra Amé-

rica Hispana se mueva libremente en el camino de su alta misión.

16°—Abolir el sistema de contraer empréstitos extranjeros, por no ser compatibles con la autonomía del Estado deudor, según lo ha evidenciado la más dolorosa experiencia.

17°—Abolir el sistema de celebrar contratos u otorgar concesiones que nos obliguen para más de treinta años, porque ello implica un atentado a la vida y al derecho de las generaciones próximas.

18°—Sostener la doctrina de que para reconstruir uno o más Estados de la Unión Hispanoamericana, se deberán tomar en cuenta, por su orden y como fuentes de derecho, la unidad geográfica; el libre asentimiento de los nativos, manifestado con amplitud y evidencia; la necesidad económica; la similitud de idiomas, y la posesión amplia, continua y efectiva, por un tiempo que no baje de sesenta años.

19°—Proclamar y sostener la conveniencia y la justicia de que todos los Estados Hispanoamericanos tengan salida directa al mar, o comunicación de tránsito al mismo, perenne y suficiente, a través de los Estados limítrofes.

20°—Dar prerrogativas económicas y políticas al jefe de familia, sea ésta natural o adoptiva, siempre que revista los caracteres de una realidad eficaz.

21°—Asegurar la continuidad y desenvolvimiento de la familia, estableciendo el PATRIMONIO FAMILIAR o cualquier otra institución que produzca los mismos resultados.

22°—Organizar el ejercicio de la Jurisprudencia y de la Medicina, como funciones sociales a cargo del Estado o del Municipio.

23°—Asegurar a cada municipio, en medida amplia, su indepen-

dencia económica, basada, si fuere posible, en la posesión, trabajo y usufructo de tierras comunales, y si nó, en la explotación de cualquiera empresa lícita.

25°—Asignar a cada municipio la propiedad del suelo necesario para edificar las casas urbanas y rurales de su jurisdicción, a fin de sustraer la necesidad vital de la vivienda, al acaparamiento y extorsiones que produce la explotación de los poseedores privados.

26°—Liberar de todo gravamen aduanero o de tránsito, todos los artículos vitales que sirven para el vestido, la alimentación y el trabajo de campesinos y obreros; salvo que se produzcan en el país a un costo fácilmente accesible a las gentes de dicha clase.

27°—Dar preferencia en los presupuestos nacionales y municipales, al servicio de aguas; a los caminos; a la sanidad; a la escuela primaria; a la asistencia médica; a la provisión regular y barata de

cereales y demás víveres de general consumo.

28°—Atribuir al Ejército, además de guardar la independencia, el orden legal y la autonomía de la Nación, el defenderla contra toda emergencia o hecho constante que amanecen o dañen gravemente su bienestar físico o económico.

29°—Instituir el derecho del extranjero inmigrante, a no ser rechazado por causas de nacionalidad o de raza, sino, únicamente, por deficiencias o taras personales, especificadas en la ley.

Art. 2°—Siguiendo el espíritu de las prescripciones constitutivas que anteceden, se formarán Uniones nacionales, regionales o municipales, que actuarán según la idiosincrasia, necesidades y posibilidades de cada Nación, y con la mira perenne de hacer de nuestra América el instrumento necesario para la creación de una NUEVA CULTURA, que ha de realizar los más altos anhelos del hombre.



NOTA FINAL:

Los anteriores artículos, fueron concebidos y publicados en épocas distintas. Los dos primeros fueron escritos en enero de 1923 y publicados en "El Día". El titulado "Caballería Andante", en 1927. Los que le siguen, en "Patria" (1928-30) y el último, titulado "Proyecto de Constitución para la Unión Vitalista Hispanoamericana", en una hoja volante, en Guatemala, octubre de 1931. Esto, acaso, le reste continuidad al trabajo, como uniformidad, pues su autor no tuvo tiempo para concatenarlos.

del rico; pero sí del plátano, del güisayote, del aguacate, que antes fueron comida del pobre y hoy van entrando ya en la jerarquía de las viandas aristocráticas.

Ahora bien, maíz, arroz, frijoles, azúcar, sal y legumbres humildes, constituyen, en el ramo de la alimentación, el MINIMUM VITAL de que venimos hablando hace ya días: aquello indispensable, primario, sin lo cual no se puede vivir; o si se vive es en condiciones de amargura, debilidad, enfermedad y degeneración.

Al universitario, al artista, al escritor, al sacerdote, a cuantos, en más o menos tenemos asegurado el pan, bien se nos puede servir de postres *autonomía, soberanía, próceres, conservatorios, aviación* y otros confites y emparedados semejantes. Mas por lo que hace al pueblo, al mayor número, si no se le asegura o facilita el maíz, los frijoles, el arroz, la sal y el azúcar —SU MINIMUM VITAL— no quiere, ni le importan las sutilezas y los refinamientos que a los demás nos llenan y satisfacen. Y tiene mucha razón de pensarlo y de sentirlo así porque nada, ni gobierno, ni ciencia, ni religión, ni patria, le quitan el hambre al que tiene hambre, ni la sed al que tiene sed. La sed se apacigua con agua, y el hambre, con pan.

Ha llegado la hora de la sinceridad. Ha llegado la hora de que todos aquellos que nos dirigen y gobiernan, oigan, en palabras definitivas, claras y sencillas, lo que el pueblo no dice ni grita, porque no sabe hablar, ni menos gritar, pero que oír y verá cualquiera que tenga ojos para ver y oídos para entender: que necesita su maíz, sus frijoles, su arroz, su azúcar —(no trust del azúcar, sino azúcar)— su sal y sus legumbres.

Y para eso, que se prevea y se legisle; que se organice una Cartera, o Dirección General de Trabajo y Subsisten-